





IN AETERNUM
IUSTITIA



M. Elizalde Actis

IN AETERNUM
IUSTITIA



Primera edición: septiembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© M. Elizalde Actis

ISBN: 978-84-16824-46-5

ISBN digital: 978-84-16824-47-2

Depósito legal: M-18236-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia y amigos por ahuyentar
al fantasma de la inseguridad.
A él por ser el más grande de mis vicios
y provocar la necesidad de sentirlo cerca,
al menos creando.*



Prólogo

Inicios de junio de 1988

—Ha nacido el niño —informó con vehemencia a los allí reunidos.

—¿Cuánto tiempo hasta que nazca la niña? —preguntó uno de los presentes.

—Seis meses aproximadamente —respondió con cierta reserva el único que hasta el momento parecía no estar prestando atención a la conversación.

—El niño recordará su historia una vez que los sentidos de su nuevo cuerpo se encuentren completamente desarrollados; si él es quien creemos, como sus actos lo indican, entonces su alma no oscurecerá por el rencor hacia sus raíces. —Reinaba en el grupo cierto escepticismo sobre los sucesos venideros, aunque el cumplimiento de la profecía era inminente por el inescrupuloso accionar de los *akashans*, recelaban que el elegido fuera uno más de aquella raza.

—¿Cuál es la probabilidad de que sus caminos se crucen?

—Hicimos lo único que se nos fue permitido, está en manos del destino que se encuentren.

—De no hacerlo significaría que hemos cometido un error.

—O quizás, que aún no es el momento.

Luego de aquellas afirmaciones reinó el silencio por varios minutos, el solo pensar en que deberían observar impotentes semejantes actos de injusticia por otro siglo les causaba escalofríos, o algo similar al significado de aquella palabra ya que para tal caso se necesita de un cuerpo.

—¿Cuál fue la reacción de la futura madre? —preguntó el único ser femenino presente.

—Aparentemente es feliz, atribuyó el hecho a la deidad de su preferencia.

—Al observarla noté algunas irregularidades en su estructura mental. ¿Afectará esto al correcto desarrollo de la personalidad de la niña?

—Si fuera el caso entonces nos habríamos equivocado en la elección de ambos.

—Serán lo que deban ser o no serán nada —sentenció el más longevo y, consecuentemente, más sabio entre ellos.

Aquella frase fue determinante, denotaba que el destino no estaba en sus manos, solo restaba aguardar pacientemente manteniendo las esperanzas en aquellos dos seres, por el momento no había más que discutir.

La habitación quedó en absoluta penumbra cuando todos se retiraron, cada uno partió con la convicción de que sería una larga espera, pero, ¿qué eran veinte años, en el caso de que todo saliera como estaba estipulado, en comparación con los siglos que habían visto pasar bajo la prevalencia de la tiranía de aquella cruel raza? Nada en lo absoluto, pero la incertidumbre hacía mella y más aun cuando la misma se inmiscuía en seres acostumbrados a guiarse por certezas.

Mediados de diciembre de 1988

Al ver por primera vez los ojos de su hija, Gabriela recordó las palabras de quien había anunciado su llegada; el color de los mismos, de un negro profundo, le invitaban a creer que habitaba en ellos cierta sabiduría a pesar de tratarse de una recién nacida.

—Bienvenida Mara, mi pequeña justiciera —le dijo al tiempo que la besaba suavemente entre lágrimas sintiendo miedo de lastimarla frente a su fragilidad.

I

El calor le resultaba abrasador y la gente agolpada, ebria y sumergida en el frenesí que solo el ambiente nocturno puede ofrecer, le comenzaba a provocar náuseas. Sentía la necesidad de huir, de encontrarse fuera de ese lugar, de deleitarse con el contacto del gélido aire de la Patagonia y el embriagador silencio de la noche.

Cualquiera fuera la dirección en que mirara, sus ojos solo podían divisar siluetas, en los escasos momentos de absoluta oscuridad la acompañaba la sensación de mil cuerpos chocando contra el suyo. El lugar era extraño, habían logrado imitar túneles cavernosos en toda su extensión, no encontraría forma de salir, o al menos eso era lo que sentía, sus amigas habían desaparecido en el transcurso de la noche entre las dos mil personas que, como era de esperar, se dejaban llevar por el momento. Parecía que solo ella podía percibir el caos, era como si nadie notara la locura en la que se empapaba el ambiente. Dejó de deambular para organizar sus pensamientos: estaba sola, perdida y al borde de un ataque de nervios; los efectos del alcohol y la música ensordecedora no ayudaban en nada. Logró ver una escalera a pocos metros de allí y sin pensarlo emprendió el camino hacia ella, desde el piso superior podría ver con más claridad los carteles fluorescentes que indicaban las salidas, pensó. Observó la escalera apesadumbrada mientras buscaba sujetarse de la baranda y como quienes se encuentran a pocos metros de descubrir la cima de una montaña que ha intentado tenazmente arrancarles la vida para preservar los encantos de su cumbre, se abalanzó cuesta arriba motivada por las ansias de triunfar, se abrió

paso entre el gentío que intentaba descender arremetiendo con absoluto tesón.

Al llegar a la cúspide saboreó la rotunda victoria, con sus apenas cincuenta kilos había logrado vencer, fuerza descomunal mediante, a la masa agolpada sin resultar herida y en un tiempo prudencial. La alegría se reflejó en su rostro mientras esbozaba una media sonrisa cargada de satisfacción. Al habituarse sus sentidos, descubrió que la música en esta pista era diferente, lo cubría todo un halo de sofisticación.

Volvió a pensar en aquello que la motivó a llegar hasta allí, miró en todas direcciones y pudo ver a corta distancia un espacio libre en el balcón que le permitiría contemplar el lugar en su totalidad, cuando se dirigía a dicha zona notó que la inundaba una extraña sensación. Se sintió observada, profundamente examinada. Le resultó incomprensible que algo tan nimio la movilizara siendo que, aunque no poseyera una belleza exuberante, estaba acostumbrada a ser el centro de vez en vez de las miradas, esto por lo general era algo que ella advertía con incomodidad, pero de ninguna forma lograba llamarle la atención, en ese preciso instante percibía que de algún modo alguien estaba mirando algo más que su cuerpo, alguien realmente estaba viendo a través de lo que solía mostrar al mundo.

Una vez hubo llegado al balcón procuró mirar con disimulo en búsqueda de aquello que le extrañaba pero, para su desconcierto, no encontró mirada alguna que siquiera notara su presencia; todos se movían simultáneamente, en medio de chacharas y risas. Volvió a concentrar su mente en encontrar una salida y justo cuando sus ojos ya no buscaron aquello que la distrajo, apareció nuevamente en su interior y con la misma intensidad la sensación de completa desnudez. Volteó su cabeza como si esta vez pudiera saber con exactitud la ubicación de quien la estuviera observando y lo halló.

En principio, solo pudo ver sus ojos, que pasaron de la expectación al asombro propio de quien es sorprendido infraganti, se sintió exaltada e inmediatamente luego llegó una inexplicable

sensación de paz. Estaba a escasos veinte metros, fue cuando él volteó para responder a una de las preguntas que se suscitaban en su grupo de amigos, que pudo prestar atención a algo más que su hipnótica mirada, inmenso fue el asombro cuando logró verlo en su totalidad, no por el impacto de descubrir una imponente belleza, sino porque aquel rostro le resultó extrañamente familiar.

¿Cuáles eran las probabilidades, a exactos 1596 kilómetros de su ciudad natal, en su viaje de egresados, en medio de un boliche en la ciudad de Bariloche, con dos mil personas a su alrededor, encontrar una cara conocida que no fuera la de alguno de los treinta compañeros de colegio que la acompañaban en dicho viaje?

Entre atónita y curiosa comenzó a caminar en su dirección con paso vacilante. No sabía aun que haría al llegar a él, solo sentía el impulso de acercarse y no encontraba motivo para sofrenarlo, tal vez porque la última hora allí dentro le había resultado nefasta y esta cara conocida le brindaba un atisbo de seguridad, quizás para intentar ver más de cerca qué era aquello que moraba en su mirada que la hacía sentir invadida, o acaso por las ansias de volver a percibir que la inundara ese sosiego que aparejaba su escrutinio, el cual solo imaginaba que podía deberse a saber que quien nos observa de este modo nos descubre íntegramente, dejando de lado la necesidad de aparentar, de medirnos e incluso dejando el miedo a sentirnos expuestos porque irremediablemente ya es un hecho.

Con seguridad aquello que la motivó fuera un poco de todas aquellas razones y cuando se encontró a escasos metros de él, ambos se examinaron minuciosamente. Su cabello castaño se arremolinaba desprolijamente cubriendo en parte su rostro, sus rasgos cuadrados, tan viriles y llamativos, albergaban hermosos labios gruesos y una lozana tez clara; hombros anchos que denotaban ejercicio cubiertos por una sobria remera negra y esa mirada, enmarcada en dulces ojos miel que solo albergaban dulzura en el concepto del color, tan segura, tan sensual, tan magnética. Ella, en cambio, con su ondulado cabello negro no natural, producto del descontento que le provocaba el angelical rubio oscuro que su madre le legó, tez

tan blanca como la nieve que cubría las calles en esa ciudad, ojos oscuros casi negros que atesoraban el secreto de la sensualidad y una pequeña boca carmesí que se perdía en sus delicados rasgos, con apenas un metro sesenta centímetros de altura y cincuenta kilogramos, era, según su propio criterio, una más del montón, mientras que él bien podría haber sido tapa de alguna revista de moda.

Todo sucedió en pocos segundos, ella caminaba muy despacio al tiempo que se contemplaban en los escasos momentos que la iluminación lo permitía, se sintió por esos exiguos instantes como la protagonista de una película de drama, pero definitivamente no lo era, y su compañero Sebastián se encargó de recordárselo sujetándola del brazo con firmeza.

—¿Qué haces acá sola? —preguntó a viva voz.

Le tomó algunos segundos salir del ensimismamiento para notar que al fin había encontrado aquello que estaba buscado con tantas ansias, un rostro familiar, para dejar de sentirse sola y perdida en aquel desconcertante lugar.

Su cara debió reflejar turbación por lo que Sebastián se extrañó, pudo adivinarlo por el gesto con que la observaba.

—¿Estás bien?

—Sí, perdón, me asustaste, subí buscando ver la salida, me estaba poniendo nerviosa estar sola acá adentro.

—Pareces una loca caminando con la mirada perdida —dijo con tono burlón.

—¿No viste a las chicas? —preguntó Mara haciendo caso omiso a su comentario.

—Sí, están abajo, te llevo si querés.

Sebastián era uno de sus compañeros de viaje y podríamos decir que ansiaba ser también algo más. Aún no había sucedido nada de carácter romántico entre ellos pero, la tensión sexual que los rodeaba cuando se encontraban cerca resultaba evidente, era un imponente trigueño de ojos verdes, con un excelente sentido del humor, y esta última cualidad fue en realidad lo que llamó la atención de Mara, para que un hombre le hiciera reír necesitaba poseer

cierta inteligencia y esto por sobre todo era lo que buscaba a la hora de enamorarse: inteligencia y virilidad, todo lo necesario para ponerle a suspirar en aquellas épocas.

—¿Y tus amigos?

—No sé, los perdí hace rato.

—Vamos a buscar a las chicas, si querés te quedas con nosotras.

—Dale, vamos.

La tomó de la mano y comenzó a caminar. Ella, que no había dejado de pensar en el extraño suceso, se volteó intentando descubrir si él aún estaba allí. A no más de dos metros de ellos lo vislumbró, mirándola expectante. Sintió la necesidad de soltar a Sebastián e ir a su encuentro pero, en lugar de eso simplemente sonrió, mientras que él, inmutable, la observó hasta que sus miradas se perdieron en la multitud. Descubriría tiempo después que la capacidad de mantenerse impávido era uno de los rasgos que lo caracterizaban. No podía dejar de pensar en la razón de encontrar su rostro tan familiar. Luego de varios minutos de esquivar personas intentando llegar a sus amigas, el recuerdo golpeó su mente desde lo más profundo, de tal forma que le provocó pararse en seco.

—El hermano de Vale —dijo en voz alta.

Sebastián con extrañeza la observó.

—¿Qué?

—El chico, es el hermano de Vale —pronunciaba las palabras con entusiasmo sin pensar realmente.

A juzgar por el gesto con que la observaba, Mara pudo adivinar que estaba a pocos segundos de ser juzgada de haber consumido drogas, por lo que se adelantó a los hechos.

—Cuando salgamos te explico —dijo forzando una media sonrisa nerviosa.

Como era de esperarse, sus amigas no estaban en el lugar al que la llevó. En cualquier otro momento hubiera interpretado este simple acto como una muestra de romanticismo; probablemente si supiera donde se encontraban la arrastraría en la dirección contraria con el único fin de ganar algunos minutos a solas,

pero aún seguía allí dentro y estaba lejos de lo único que había logrado distraerla.

—Estaban acá, deben haberse movido —dijo como si esto último no se tratara de una obviedad y, según sus sospechas, de una mentira—. ¿Querés que tomemos algo? ¿O preferís volver al hotel?

—Sinceramente preferiría encontrar a las chicas porque no tengo la llave de la habitación.

—No te voy a invitar a mi habitación porque te vas a negar y seguramente alguno de los chicos debe estar ahí con compañía.

Ambos rieron y ella se limitó a mirarlo sin decir nada, fue su forma de darle a entender que su afirmación le resultaba correcta ya que, quien calla otorga.

—Podríamos ir al hotel y quedarnos en el lobby hasta que lleguen tus amigas.

Era su último intento desesperado, un dulce manotazo de ahogado y ella, en parte por la ternura que le transmitió su cara de ilusión y en parte por las ganas de salir de ese lugar, accedió.

—Dale, es buena idea, dirigí vos que yo estoy totalmente desorientada —respondió sonriendo con sinceridad al tiempo que encogía los hombros.

Una vez que salieron del boliche supieron, por uno de sus coordinadores de viaje, que la camioneta que estaba a disposición de los egresados para regresar al hotel no los recogería sino dentro de veinte minutos. Por lo cual, considerando que nevaba y ya había sido suficiente de esta noche para ellos, resolvieron emprender el camino a pie. Eran tan solo diez cuadras de caminata, pero su calzado de tacos altos y sus atuendos demasiados ligeros para un clima tan austero, convirtieron la misma en una travesía interminable.

Las calles se encontraban cubiertas por una fina capa de hielo que bien podría haber sido utilizada como pista de patinaje. Ella, que siempre había sufrido de torpeza en cuestiones que requerían equilibrio, no hacía más que resbalar, al límite de la caída, mientras que Sebastián la observaba sin dejar de reír.

—Vení, yo te ayudo —le dijo al tiempo que la tomaba del brazo para intentar mantenerla en pie.

—Te juro que no estoy borracha, es que no tuve en cuenta cuando elegí los tacos aguja que iba a tener que caminar sobre hielo.

—Sabés que el tener que aclarar que no estás borracha es justamente lo que harías si lo estuvieses, ¿no?

—Si pudiera mantenerme sobre ambos pies sin caer intentaría hacer alguna pirueta que lo demuestre con hechos.

—Deja, te creo y te prefiero viva —dijo con dramatismo—. No mirés por donde caminás, probá de mirar un punto fijo al frente, así vas a tener más equilibrio.

Enderizó la columna haciendo caso al consejo y cambió su semblante por uno solemne; caminó con paso firme imitando a una modelo de pasarela.

—¿Cómo me ves?

—Hermosa —contestó mientras la contemplaba ensimismado.

La declaración la tomó por sorpresa, nunca había sido tan directo, no era que ella no notara su interés sino que no esperaba que fuera repentinamente tan sincero.

Lo miró estupefacta y bastó con que desviara su mirada del punto fijo para que perdiera el equilibrio y cayera de espaldas arrastrando a Sebastián, quien aún la sujetaba del brazo, en la caída.

Ambos rieron durante largo rato tendidos en el suelo. No fue hasta que estuvieron de pie que ella notó su herida en el brazo; al parecer su codo había recibido el primer impacto y este ahora presentaba un corte que sangraba profusamente.

Al llegar al hotel fue atendida por el médico de la agencia de viajes. Bastó con un adhesivo para cerrar la herida y frenar la hemorragia. Puesto que no acusaba un gran dolor le dio analgésicos con la condición de que los tomara al día siguiente ya que luego de las preguntas de rutina supo que había consumido alcohol.

Transcurridos más de veinte minutos de charla, sentados en los sillones del lobby, vieron a sus compañeras entrar al hotel.

Dina era su más íntima amiga. Una verdadera belleza con una figura envidiable, cabello color chocolate lacio que se extendía hasta su angosta cintura, rasgos angulosos que acompañaban a sus ojos café y una tez dorada que más de una persona buscaba lograr tras largas horas de exposición al sol. Sus movimientos eran gráciles y su personalidad era suave y afable. La adoraba por actuar como una hermana y permanecer en su vida incondicionalmente intentando guiarla por los mejores caminos.

—Dini decime por lo que más quieras que vos tenés la llave de la habitación —lo dijo exagerando su cansancio y con tono suplicante mientras la observaba acercarse a ellos con su danzante andar.

—No sé por qué esa cara. Los veo muy cómodos y relajados —comentó mientras mostraba su sonrisa más picara.

—Las perdí. Estuve sola durante mucho tiempo dando vueltas como una loca y encima mirá —contestó Mara mientras le mostraba la venda que cubría su codo.

—¿Qué te pasó?

—Mi torpeza; eso pasó. Nos caímos mientras veníamos para acá.

—Te caíste y me arrastraste con vos —dijo Sebastián mientras disimulaba la sonrisa.

—Que románticos caminando bajo la nieve.

—¿Te parece romántico no poder poner un pie delante del otro sin tambalearte Dina?

Habló fingiendo enojo con el único fin de desviar la atención del recuerdo de lo que había provocado su caída.

Pero era cierto, había sido un momento único; una sutil declaración, rodeados por una pintoresca ciudad poblada de cabañas y la nieve cayendo lentamente. Aun el estar tendidos en medio de la calle riendo y mirando el cielo había resultado perfecto. Solo opacó el momento su propia mente, que por mucho que lo intentara no dejaba de trasladarla a los ojos de aquel extraño muchacho.

Se despidieron de Sebastián y emprendieron el camino por las escaleras rumbo a la habitación.

Luego de relatar como tuvo lugar la caída y de revelar que en realidad nada más había pasado, pensó en si era prudente comentarle el episodio con el misterioso chico de las miradas; pero, por dos motivos, prefirió acallar su impulso. En primer lugar, con seguridad, dado el misticismo en que ella percibió aquel momento sabía que sería acusada de beber más de lo debido. Segundo y más importante, prefirió atesorar solo para su percepción ese encuentro, por miedo a que la opinión de alguien ajeno pudiera cambiar su apreciación de lo acontecido.

Al llegar al cuarto solo deseaba tomar una ducha caliente. La gran presión de agua que proveía el hotel era la medicina justa para apalea los momentos de tensión que la noche le había regalado. Dina parlotaba sin cesar sobre los sucesos de su encuentro amoroso con uno de los coordinadores de viaje. Ella solo se limitaba a sonreír en los momentos justos mientras asentía con su cabeza, no por desinterés sino por distracción. Había algo más que ocupaba la totalidad de sus pensamientos, ahora que se encontraba lejos de Sebastián.

Intentaba entender como un niño, que había visto a menudo en casa de su amiga de la infancia, podía haberse convertido en un hombre tan llamativo; a quien siquiera por asomo notó antes de aquella noche.

La última vez que había pisado la casa de ellos tuvo lugar hacía más de una década. En esas épocas, rondando ambos la edad de siete años, siquiera se miraban e intentaban por todos los medios evitarse ya que en los juegos que llevaban a cabo con Valeria él resultaba un estorbo. Era innegable también que ella no era lo que podríamos decir una persona simpática, desde hacía ya un tiempo se limitaba a mirar al frente cuando caminaba por las calles; no por antipatía sino por apatía. Fue la forma que encontró de mantenerse al margen de las vidas de los demás así como también de mantener al margen a los ojos curiosos de su vida. No hacia absolutamente nada que pudiera llamar la atención, puesto que ser el centro de las miradas era algo que la incomodaba en demasía.

Descubrió este miedo en su infancia, cuando gracias a su alto desempeño intelectual comenzó a ser el blanco de las burlas de sus compañeros. La vida le resultó más fácil así, siendo alguien más del montón; resignó el crecimiento académico para no tener que pagar el precio social, que le resultaba mucho más alto.

Una vez estuvo en la ducha sola y en silencio, recordó que su nombre era Jeremías. Le sonó imponente en su cabeza: Jeremías Farrel, así se llamaba la nueva incógnita que rondaba sus pensamientos.

*

Mara presentaba, a primera vista, el aspecto de una chica fría, con un fuerte carácter, mucha confianza y algo de soberbia. Era la forma en la que le gustaba mostrarse al mundo; por así decirlo, su mecanismo de defensa. La complicada realidad familiar, con un padre la mayor parte del tiempo distante y una madre con graves problemas mentales, le habían llevado tiempo atrás por un camino plagado de malas decisiones, tales como hábitos de autoflagelación y repetidos intentos de suicidio. Gracias al apoyo de amigos fieles y concededores de su verdad, pudo antes de llegar a la mayoría de edad salir de esta realidad, aunque no sin llevarse la primera gran lección que la vida le regaló: no importa cuán dolorosos sean los problemas, se enfrentan y aceptan, aun cuando no exista solución. Suena como una obviedad, pero no lo es: todos en algún momento de la vida intentan rehusar de sus problemas con excusas, adicciones, o cualquier vía que prometa un escape. Lamentablemente ella no había sido la excepción.

Prefirió ser una más del montón para evitar las burlas como así también elegía mantenerse distante y fría con la mayoría creyendo que de esta forma nada podría lastimarla, pero esto era simplemente lo que quería mostrar; cuando uno llegaba a conocerla apreciaba que era en realidad todo lo contrario, salvo claro, por su carácter fuerte y sus firmes ideales. Se trataba de una persona alegre, ani-

ñada, sensible, soñadora y con una tendencia casi patológica por intentar ayudar a quienes la rodeaban. Amaba el arte en todas sus formas de expresión, defendía apasionadamente la justicia en cualquier situación y anhelaba por sobre todo adquirir múltiples conocimientos; vivía movilizada por la sed de sabiduría sin importar cual fuera el tema, todo lograba despertar su interés.

Desde el regreso de su viaje de egresados, varios meses atrás, mantenía una relación con Sebastián. A principios del año que corría, se había mudado a la ciudad de Rosario para dar inicio a sus estudios universitarios; como resultado de esto, solo podía disfrutar de su novio los fines de semana en que volvía a su hogar.

Su hogar era una hermosa casa con frente de ladrillos vistos y aberturas de madera; no era especialmente llamativa, pero aún vista desde el exterior podía adivinarse que su interior resultaría acogedor. Habitaba en ella con su abuela materna Elena, quien se había hecho cargo de su crianza desde hacía ya varios años, momento en el que notó que la salud mental de su madre comenzaba a afectar desmedidamente a Mara. Era simplemente todo aquello que uno puede esperar de una abuela, le despertaba a diario con el desayuno en la cama, notaba cada fluctuación en su sentido del humor, respetando su espacio cuando así lo creía oportuno u ofreciendo palabras dulces cuando lo encontraba necesario. Su paciencia y sabiduría eran virtudes envidiables; compartían un gran parecido físico, salvo, claro, por el pelo entrecano y unos espectaculares ojos azul cielo que no había tenido el privilegio de heredar.

Bajaba del micro imaginando todo aquello que el fin de semana le deparaba. Sus amigas, quienes habían decidido permanecer en su ciudad natal, le esperaban en la terminal de ómnibus para recibirla entre besos y abrazos: era un año de grandes cambios, alejarse de sus amistades y familia, vivir en una nueva ciudad, viéndose obligada a abrirse a nuevas personas por mucho que esto le costara y tener lejos a su pareja. Pero todo el esfuerzo lo valía; amaba su carrera y estaba aprendiendo a sentirse cómoda en aquella nueva ciudad que, por su inmensidad, tenía mucho que ofrecer.

Charlaban amistosamente mientras se dirigían a su hogar. Dina había comenzado una relación y se sentía absolutamente feliz, Barby, una preciosa morocha de grandes atributos, había comenzado a trabajar y esto la tenía totalmente entusiasmada. Aunque hablaran durante la semana por teléfono, siempre tenían algo más que contar. Elena las esperaba en la puerta de su casa con los ojos empapados en lágrimas, si bien hacía ya varios meses que vivían separadas no había logrado acostumbrarse a la emoción que le producía ver a su nieta convertida en un adulto independiente: ambas se conmovían en los reencuentros, sabían lo que sufría cada una por su lado y, a pesar de que se tornara por momentos muy difícil, estaban felices ya que entendían que ese era el camino correcto para alguien con tanto amor por el saber.

Las cuatro sentadas en el living, disfrutaron del café hecho por Elena mientras Mara contaba todo aquello que había experimentado en el transcurso de la semana. Pasaron un largo rato hasta que fue inminente la llegada de la noche, sus amigas se retiraron acordando que se verían la tarde del día siguiente, su abuela comenzó a preparar la cena mientras ella se dispuso a ducharse para luego colmar de caricias a Sir, su gato.

Sintió el suave golpeteo sobre la puerta de entrada y adivinó así que debía tratarse de Sebastián ya que, como su abuela dormía, le había pedido que se anunciara de forma delicada minutos antes cuando hablaron por teléfono.

Se probó muchísima ropa mientras lo esperaba, al mirarse al espejo sentía que nada le convencía. El hecho de tener que cocinarse no era, poniéndolo en términos simples, lo que mejor manejaba de su independencia y como resultado había perdido algunos kilos. Todo le sentaba grande y no encontró en realidad nada que la hiciera ver sensual, que era al fin y al cabo lo que esperaba reflejar. Aunque quien no la conociera pudiera creer que se trataba de una chica con gran confianza en sí misma, era en realidad todo lo contrario: sentía que nunca sería una de esas mujeres a las que los hombres se vuelven para admirar.

Abrió el zaguán suavemente sin disimular su felicidad.

Una vez dentro le propinó un largo beso apasionado como bienvenida, seguido de un interminable abrazo que reflejaba cuanto lo había extrañado.

—¿Estás comiendo bien Mara? —preguntó mientras correspondía su abrazo, notando como sus brazos podían rodear su cintura completamente.

Ahí estaba, como si su escueta autoestima no fuera suficiente, sus primeras palabras eran de descontento por su peso, pensó.

—Más o menos, realmente odio cocinar.

—No me interesa, empecé a comer más, te va a hacer mal.

No estaba criticándola, simplemente estaba preocupado, su tono y gestos lo denotaban.

—Tengo una idea, venís a vivir a Rosario y me cocinas todos los días.

Lo dijo actuando su cara más angelical mientras lo veía sentarse en el sillón.

—No estoy bromeando Mara.

—Ya lo sé, contame, ¿cómo te fue en el partido?

Esa tarde había jugado un partido de fútbol con sus amigos, esto no era de especial interés para ella pero fue la forma que encontró de desviar su atención.

Acomodados en el sillón, Sebastián acariciaba su pelo mientras ella descansaba sobre su regazo. Así charlaron con lujo de detalles durante aproximadamente una hora de todo aquello que habían vivido en la distancia durante la semana.

—Me tengo que ir —dijo luego de mirar la hora en su celular, interrumpiendo el relato de Mara.

—¿A dónde? Si recién llegás —preguntó incorporándose de golpe.

—Quedé con los chicos para ir a un bar.

Mara, con gesto demudado, deseó que se tratara de una broma de mal gusto.

—No me mires así.

—Pero me dijiste que esta noche te quedabas conmigo.

—Si linda ya sé, pero volvió Eze y quedamos en salir todos juntos.

Algunos de sus amigos también habían decidido estudiar en otra ciudad pero para ella esto no era una excusa; Mara tampoco lo había visto y ansiaba compartir tiempo con él.

Luego de algunos minutos de una acalorada discusión acordaron que iría al bar con sus amigos y que al día siguiente se quedaría con ella. Se despidieron entre arrumacos en el zaguán y esperó a ver su auto doblar la esquina antes de entrar.

Ella era un ser noctámbulo por naturaleza, aun en los días más agitados no lograba caer en brazos de Morfeo hasta entrada la madrugada. Preparó un café mientras buscaba algún título de la biblioteca de su abuela que le llamara la atención.

Recostada en el sillón de dos cuerpos, ya con los lentes puestos, afición que la acompañaba desde su infancia producto de leer con una tenue luz bajo las sabanas para no ser descubierta por su madre en altas horas de la noche, con *Diez negritos* de Agatha Christie en sus manos y el café humeante en la mesa ratona a su lado, sintió como la relajación la hacía su presa.

Su sitio por predilección para distenderse era aquel living: un espacio pequeño ocupado por un confortable juego de sillones enfrentados entre sí, una mesa ratonera en madera en el centro, adornada por un antiguo cofre y dos ceniceros en bronce con formas de manos a sus lados. En una de las esquinas de la habitación se encontraba una licorera con botellas añejas y en la otra una lámpara de pie, cada una de las tres paredes sobre las que descansaban los sillones exhibía un cuadro distinto y la cuarta pared se correspondía a la puerta y ventana que daban a la calle; en el centro de la habitación pendía una antigua lámpara de bronce que bañaba en luz amarillenta la habitación, pero cuando ella se encontraba allí prefería que la iluminación dependiera de la pequeña lámpara de pie.

Al cabo de dos horas de lectura, cerca de las tres de la madrugada se retiró a su cuarto para finalmente descansar.

El reloj marcaba las cuatro y treinta cuando escuchó sonar su teléfono celular, entredormida miró la pantalla para descubrir de quien se trataba, pero solo podía leerse «número desconocido», atendió extrañada con un hilo de voz.

—Hola.

—¿Hola, Mara?— preguntó una voz femenina.

—Sí, ¿quién habla?

—Soy la hermana de Sebastián, necesito que vengas a la clínica —su tono denotaba apremio.

—¿Qué pasó? —dijo dando un salto de la cama y elevando, sin notarlo, el tono de voz.

—Sebastián está en terapia intensiva, por favor vení —le imploró con la voz quebrada.

—Ya voy —contestó y cortó la comunicación.

La desesperación no le permitía pensar. Su abuela se encontraba parada en la puerta de la habitación, somnolienta y sin entender la situación.

—¿Qué pasó mi amor? Tranquilízate.

Aunque no se hubiera percatado aún, las lágrimas cubrían su rostro mientras se vestía a toda velocidad.

—Sebastián está internado.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé, me voy.

—¿A dónde? Esperá que al menos te llame un taxi.

—No abuela, me voy.

No podía tener tacto con su abuela, no podía esperar un taxi, no quería hablar, no podía detenerse a pensar; lo único que necesitaba era llegar junto a él y ver como estaba.

Al llegar a la clínica, supo por Verónica, la madre de Sebastián, que había sufrido algunas horas atrás un accidente cerebrovascular. Se encontraba en un bar junto a sus amigos que notaron que sus movimientos eran descoordinados. Gracias a la inmediata reacción de sus acompañantes y al diagnóstico exacto de los médicos al instante de verlo, habían logrado actuar antes de que el daño re-

sultara irreversible. Se encontraba estable aunque había perdido la facultad de hablar y escribir correctamente, así como también la sensibilidad y movilidad del hemisferio derecho de su cuerpo. Los médicos afirmaban que una vez disminuyera la presión, producto de la sangre acumulada en su cerebro, estos síntomas tenderían a desaparecer. Le explicó también que en el caso de que la sangre acumulada no se reabsorbiera debería ser intervenido quirúrgicamente.

Y así fue, días después del episodio, lo trasladaron a la ciudad de Buenos Aires con el fin de extraer el angioma que había dado lugar al ACV ya que sus síntomas no desaparecieron: fue una operación de nueve horas donde la incertidumbre no permitía a ninguno de los presentes siquiera respirar con normalidad.

Desde que el incidente tuvo lugar, pasada ya una semana, solo había podido verlo durante escasos momentos en que le permitían ingresar a la sala de cuidados intensivos. Él intentaba comunicarse, viéndose frustrado por su condición y llorando sin cesar; ella, presa de la desesperación y la angustia, no podía más que acariciarlo en silencio. Hacía días que no comía, todo lo que la obligaban a ingerir, su cuerpo se lo rechazaba y los únicos momentos de descanso que se permitía eran en las sillas del pasillo que conducía a terapia intensiva: sentía que debía estar ahí, para él, aunque así fuera.

El viaje a Buenos Aires fue sin dudas el más largo de su vida. Deseaba con todas sus fuerzas poder acelerar el tiempo, ansiaba estar junto a él en su ciudad, ya recuperado, riendo de cualquier nimiedad mientras caminaban sin fijar rumbo alguno.

La operación fue un éxito: luego de quince días de internación que se requerían para observar la evolución, podría volver a su ciudad natal para comenzar con la rehabilitación. Sus facultades volverían con mucha dedicación, paciencia y esfuerzo, según los alentadores pronósticos médicos.

Siquiera ella debía saber de dónde provinieron las fuerzas que la mantuvieron en pie cuando lo vio con su cabeza dos veces el

tamaño original y una gran sutura cubierta de sangre en el costado izquierdo de su cráneo por encima de la oreja.

Confió en la palabra de los médicos, porque si debía dejarse llevar por lo que sus ojos le mostraban rompería en un ruidoso llanto histérico que quebrantaría hasta al más sereno.

